

Este texto aborda el tema de la mediación pedagógica ligada a los procesos comunicativos. El punto de partida de la reflexión es la idea de mediación, en el sentido de promoción del aprendizaje a partir del otro. En primer lugar, el análisis se centra en la situación de los adolescentes y jóvenes, en tanto *otros* sociales determinados desde la mirada adulta. A continuación, se refiere a las experiencias pedagógicamente mediadas, tomando como eje de la propuesta lo comunicacional.

LA MEDIACIÓN PEDAGÓGICA Y LOS PROCESOS COMUNICATIVOS EN EL TRABAJO CON ADOLESCENTES Y JÓVENES

Esta conferencia está dedicada a la mediación pedagógica y los procesos comunicativos. Como una de las claves de nuestra propuesta de mediación pedagógica se expresa de la siguiente manera: *partir siempre del otro*, nos detendremos en primer lugar en ese *otro social* desde la mirada adulta, conformado por adolescentes y jóvenes. En un segundo momento haremos referencia a experiencias de mediación pedagógica, tomando en consideración el eje comunicacional que sostiene esta propuesta.

La expresión *otro social* tiene aquí todo el sentido. Lo otro y el *otro*, históricamente, fueron asociados con espacios no civilizados y lo monstruoso, como el extranjero; el otro como lo diferente, lo contrario, lo opuesto; pero también malo, perverso, lo incierto, lo dudoso.

El problema no es el otro, sino desde dónde lo miro. Se ha denominado a una mirada incapaz de ver al otro desde su cultura y sus razones, experiencias y sentires, *discurso identitario*. Un discurso que coloca todo del lado de quien mira, de quien juzga, de quien atribuye ciertos valores, ciertos saberes, ciertas conductas, y niega otros. Un discurso caracterizado por:

- valoración de la propia sociedad
- valoración de la propia cotidianidad
- valoración de los propios valores
- valoración de la propia cultura
- valoración de la propia lengua
- valoración de los propios espacios
- valoración de las propias razones
- valoración de los propios sentires
- valoración de las propias percepciones

Hemos padecido, y seguimos padeciendo esto de una cultura a otras. La mirada de Cristóbal Colón, expresada en sus diarios de viaje y en su correspondencia, era incapaz de reconocer otra cosa que mercancías y posibles esclavos. Nacimos signados por esa mirada mercantil y los siglos no han terminado de mitigarla.

Pero nuestro argumento es que el discurso identitario se ejerce también dentro de una misma cultura, dentro de un país, dentro de las relaciones entre distintas edades. Siempre hay un otro irreductible en cualquier sociedad, siempre está presente el discurso identitario para aceptar o rechazar culturas de minorías, de sectores que durante siglos no han sido reconocidos como iguales. Piénsese en los siglos de postergación de la discusión en torno a los derechos de la mujer, en las culturas indígenas, en el reconocimiento de lo que significa la infancia (“Dejad que la infancia madure en los niños”, decía Rousseau en su *Emilio*).

Pues bien, necesitamos reconocer que el discurso identitario también se ha dirigido, de manera constante y a menudo terrible, a ese vasto territorio social (vasto por la cantidad de seres, por sus diferencias según edades y culturas, según oportunidades de vivir) que nombramos con el término *juventud*.

Reconocemos por lo menos las siguientes maneras de encerrar a miles, millones de seres, en el discurso identitario:

- el filicidio
- la identificación con la violencia
- la identificación con la anomia y el desorden
- la identificación con el puro goce
- la identificación con el riesgo y la vulnerabilidad
- la condena a ser un simple tránsito

En tanto otros, las jóvenes y los jóvenes fueron víctimas durante siglos, y lo son aún, del discurso identitario. Fueron y son un territorio a conquistar por el mundo adulto, por impredecible, por cercano a la corporalidad, por su torrente de energía y de vida.

Control, entonces, mirada constante para no dejar nada afuera, enseñar a mirarte, incluso, a aceptar la versión que de ti te dan. Y, de tiempo en tiempo, las matanzas. Lo que no se controla se mata, o es puesto en situación de morir.

El filicidio

A los dioses siempre les atrajo la sangre joven. Desde el pedido del sacrificio de Isaac a Abraham, hasta el sacrificio de Ifigenia en la tradición griega para que las naves pudieran partir hacia Troya con vientos propicios, tenemos abierto un camino que no se cerrará. Nos consta la continuidad del filicidio a lo largo de siglos y siglos, fundamentalmente a través de las guerras a las cuales van, como muralla para los adultos, los jóvenes.

No nos consta el parricidio, como forma generalizada de venganza por parte de quienes son sujetos de las guerras, sean éstas entre países o fratricidas. Aún cuando en la tradición freudiana aparece aquello de matar al padre, en los hechos la violencia de los jóvenes contra los adultos ha sido siempre excepcional, a pesar de tanta sangre derramada, de tanta muerte en la flor de la vida.

No nos constan la venganza, el abandono de los mayores por quienes fueron jóvenes cuando llega la hora de cuidarlos. Nos consta el abandono de los adultos hacia los jóvenes, sobre todo de quienes tienen el poder de decisión en la sociedad, el abandono por empobrecimiento, por agresión directa, por estrechamiento de las posibilidades de creación cultural, por angostamiento del futuro.

La identificación con la violencia

De atenernos a la prédica constante en buena parte de los grandes medios de comunicación, las ciudades estarían a merced de una violencia sin márgenes, protagonizada por los jóvenes. Pero se trata de una mínima mancha en el oscuro océano de la violencia social. No son los jóvenes quienes han quebrado estados enteros, quienes han destruido sistemas de salud, quienes han debilitado hasta las raíces los sistemas educativos, quienes vacían los países moral y económicamente. Si la corrupción es una clara medida de la violencia social, nuestros jóvenes son un océano de paz en un mundo diseñado por los adultos en el poder.

Hay una total asimetría entre la violencia social generalizada y los actos de violencia de los que no cesan de hablarnos ciertos medios de comunicación. Estamos en apenas una reacción frente a tanta violencia cotidiana.

La identificación con la anomia y el desorden

La anomia, caracterizada como “notable desviación respecto de una norma”, aparece encarnada en las jóvenes y los jóvenes. En realidad, históricamente se ha vivido un corrimiento de las edades. Porque la posibilidad de desviación fue atribuida durante siglos a niños y niñas. Recordemos un texto con admoniciones por demás utilizadas en el pasado y no agotadas en el presente:

"Castigad a vuestro hijo en sus primeros años y os consolará en vuestra vejez y será el adorno de vuestra alma. No ahorréis la corrección a vuestros hijos, pues la vara no los matará, sino que les hará bien; cuando golpeáis su cuerpo libráis su alma... Si amáis a vuestro hijo castigadle a menudo para que pueda después alegrar vuestro espíritu. Castigadle en su juventud y cuando sea un hombre será vuestro consuelo... Educad a vuestro hijo en el

temor y hallaréis en él paz y bendición." (*Domostroi*, citado por Patrick P. Dunn, *Historia de la infancia*).

El castigo se dirige a impedir el desorden, a hacer previsible la conducta de tantos seres, a sujetar la energía de esa edad, para lograr, mediante tales métodos, un adulto con el alma libre, dispuesto a alegrar el espíritu de los ancianos.

No nos consta para nada que la educación por el temor asegure paz y bendición para los adultos, como tampoco nos consta que la violencia recibida se vuelva mecánicamente violencia cuando se posee las fuerzas necesarias para ejercerla.

La identificación con el puro goce

También resuenan voces en relación con el abandono de la juventud al puro goce, como si no hubiera mañana, como si ninguna responsabilidad social pudiera tomarse, como si sólo contara su corporalidad, su vida centrada en el instante presente.

La pregunta es ¿qué tiene de malo el goce? ¿No alcanza aquí todo su sentido aquella frase de Lyotard "¡Déjennos jugar!"?

No nos consta el abandono al goce y al desenfreno, ni la presencia de una energía descontrolada que pondría en riesgo la estabilidad de la sociedad. Nos consta el miedo adulto a esa energía, la envidia adulta incluso, con aquello de apostar todo al no envejecimiento, a idealizar la juventud eterna en la pantalla, en la obsesión de no dejar pasar la edad y, a la vez, el castigo a los jóvenes en las relaciones sociales.

No nos consta la irresponsabilidad, la negación del mañana, el quedarse sólo en el presente. Si alguien estrecha el presente es el mundo adulto, el mundo de quienes deciden el destino de millones de seres, a escala de países y del planeta todo.

La identificación con el riesgo y la vulnerabilidad

Otra forma de domesticación pasa por el empecinamiento en relacionar juventud con riesgo y vulnerabilidad, como si todo quedara en el terreno de seres que deben ser protegidos, porque por sí solos nada pueden hacer.

Nadie discute el abandono y la existencia de situaciones de riesgo, pero la prédica en torno a ellas va atada de un intento de reducir a millones de seres a situaciones ancladas en una niñez eterna, en el sentido de la dependencia y de la falta de capacidad de decisión.

Nos consta que eso no es así, nos consta en el contexto ecuatoriano un riquísimo abanico de experiencias en las cuales las jóvenes y los jóvenes construyen experiencias, se relacionan, toman decisiones, con toda la madurez que una mirada adulta no suele reconocerles.

Y nos consta que esa madurez permite asumir el riesgo de la propia existencia, con la imaginación, la voluntad y la creatividad que a menudo el mundo adulto va dejando de impulsar. Nos consta el maravilloso espíritu de aventura, en el sentido de aventurar algo, de avanzar hacia donde otros no pudieron o no quisieron, de romper normas de comunicación y de expresión.

La condena a ser un simple tránsito

El diccionario Salvat es lapidario:

Juventud: edad entre la niñez y la juventud; primeros tiempos de una cosa.

¿De cuántos años hablamos? ¿De los diez a los dieciocho? ¿De los diez a los veinticinco? ¿A los treinta? Largo tránsito, condena a pasar sin dejar huellas, como si todo se resolviera en crecer y en llenar las alforjas para cuando seas grande.

Y, sin embargo, ese tránsito puede ser convertido en un fin en sí mismo. Si todo se apostara a llegar a la adultez, ¿para qué mandar a los jóvenes a la guerra? ¿Para qué prostituirlos? ¿Para qué malvender su fuerza de trabajo?

Ni una ni otra alternativa. En esos largos tiempos se abren los caminos de la ciudadanía, de la construcción social entre pares, de la ruptura de límites impuestos a la expresión y a la imaginación, de la magia del encuentro con el propio cuerpo y con el ajeno, de los espacios de goce de la relación con los otros.

El adultocentrismo

Los puntos desarrollados, en sus formas de agresión a la juventud, se centran en la mirada adultocéntrica, en el discurso identitario de quienes ejercen el poder en la sociedad. El discurso identitario significa un monopolio de la palabra y de la interpretación:

“...los niños, los jóvenes, los enfermos mentales, los ancianos, los que no tengan un valor productivo y capacidad de consumo, posibilidades de explotación en el mercado, no tienen la palabra, no son escuchados, no

tienen discurso, no existen como personas.” (Oscar Arévalo Solórzano, “Croquis para algún día”).)

Para dominar se siembran, añade el autor, la dependencia, la baja autoestima, la exclusión de las decisiones políticas y del mercado laboral; se avanza sobre la ludicidad, sobre la corporalidad.

Y encima les cae a las jóvenes y los jóvenes aquello de ser “el futuro de la patria”, cuando de todas maneras el futuro será de ellos y cuando se los percibe como encargados de construir lo que a menudo los adultos vienen destruyendo.

Consecuencias para la comunicación

Una labor comunicacional en relación con el trabajo con la juventud y con las oportunidades abiertas a ésta y por ésta para comunicar, tiene por delante una larga tarea destinada a la:

- ⇒ Superación de la imagen de una juventud homogénea, basada en unos pocos estereotipos.
- ⇒ Superación del discurso identitario, por todo el peso que tiene en las conductas y en las expresiones de las y los jóvenes.
- ⇒ Superación de las formas de relación basadas en el paternalismo, el control y la reducción a situaciones de infantilización.
- ⇒ Superación de la escasa posibilidad de ejercicio de la propia palabra, de la apropiación de los recursos del discurso y de su práctica.
- ⇒ Superación de los límites a la apropiación de información para enfrentar y resolver la propia cotidianidad.
- ⇒ Superación de la invisibilidad de las distintas identidades juveniles.
- ⇒ Superación de la percepción en términos de crisis de riesgo y de tránsito, recuperación de formas positivas de concebir a las jóvenes y a los jóvenes.

La mediación pedagógica

Con Francisco Gutiérrez Pérez trabajamos ese concepto a partir de experiencias vividas en Guatemala, con estudiantes de la Universidad Rafael Landívar, en una

primera instancia, y luego en distintos proyectos, tanto en el plano de la educación formal como en la no formal.

Caracterizamos la mediación pedagógica como la promoción y el acompañamiento del aprendizaje, partiendo de que muchos proyectos educativos se desentienden precisamente del aprendizaje de los estudiantes.

Mediar pedagógicamente consiste en la tarea de tender puentes para el aprendizaje. Cuando esos puentes no existen, asistimos a caminos de exclusión.

Puentes entre lo que se sabe y no se sabe; lo vivido y lo por vivir; lo sentido y lo por sentir; puentes entre personas, puentes con materiales de estudio... Los puentes pedagógicos no se construyen en el aire. De un lado hay seres humanos, del otro hay también seres humanos. Los cimientos de los puentes están en quienes buscan aprender y en quienes intentan aportar algo para promover y acompañar el aprendizaje.

Y para contar con esos cimientos es preciso tener confianza. Decimos con toda fuerza:

No se puede aprender gran cosa de alguien en quien no se cree.
No se puede enseñar gran cosa a alguien en quien no se cree.
La educación es, en esencia, un acto de fe. Después todo lo demás.

La mediación pedagógica supone la eliminación de la mirada adultocéntrica. Porque si un puente se construye de ambos lados de la relación, no es posible reducir a las jóvenes y a los jóvenes a tránsito, a pura exterioridad, a otro con relación a un discurso identitario.

Superar el discurso identitario en el terreno de la educación no es sencillo, buena parte de su historia ha sido construida a partir de sus estereotipos. Resulta humillante para la energía de las y los jóvenes, para su capacidad de imaginar y de crear, para su madurez, una educación carente de energía y de voluntad de comunicación, centrada en una entropía continua, en un inmovilismo que pretende legitimarse en la palabra del adulto dicha casi sin respuestas, o bien sometida a la respuesta esperada: tú hablas como yo hablo, tú dices lo que yo digo, y habrás aprendido.

Sin renunciar a la misión educadora de una generación sobre otra, la mediación pedagógica apuesta por el aprendiz, por el aprendizaje entendido como:

La apropiación de las posibilidades de la cultura y de uno mismo, como construcción de conocimientos y de relaciones, pero fundamentalmente como construcción de uno mismo; construir en el terreno de la educación es, en primer lugar, construirse.

La mediación pedagógica tiene como centro de su práctica lo siguiente:

Partir del otro.

Y el otro posee una cultura, dada por su edad, por su situación social, por lo que ha venido atesorando a lo largo de su existencia, por corta que ésta sea. La mediación pedagógica pide del educador y de la institución educativa:

Ser culto en la cultura del otro.

Ser culto para construir desde ella y con ella. La cultura juvenil no se explica desde los viejos esquemas de las etapas del desarrollo, sea cual fuere el signo de los mismos. Se explica desde las relaciones vividas por las y los jóvenes, desde su inserción en el mundo rural y urbano, desde su música y sus símbolos, desde sus encuentros y conflictos, desde su percepción y su situación en el espacio de una sociedad tan compleja y a menudo tan cruel como la nuestra, desde el uso que hacen de la cultura mediática, desde su corporalidad, desde su lenguaje.

El necesario aprendizaje de la cultura juvenil por parte de nosotros, los adultos, no se improvisa, no es el producto de alguna lectura o de alguna conversación o un taller. La mediación pedagógica tiene sentido sí y sólo sí se la vive en la relación con las y los jóvenes. En realidad, estamos ante la maravillosa propuesta de Simón Rodríguez:

“Todo aprendizaje es un interaprendizaje.”

Buscamos promover y acompañar el aprendizaje, aprendiendo de nuestros interlocutores. Los adultos no sólo tienen que aprender contenidos más o menos científicos para comunicarlos, su aprendizaje más necesario, más constante, es el de la vida misma y eso significa relaciones sostenidas, espacios de encuentro y de interaprendizaje.

Pasos de la mediación pedagógica

La mediación nació en una experiencia en Guatemala, concretamente en la producción de materiales para el estudio a distancia. Los problemas iniciales que nos planteamos con Francisco Gutiérrez se centraron en la mediación de los contenidos de aprendizaje, en el entendido de lo que puede significar la exclusión de los estudiantes de un sistema escolar, a causa de las distancias con que son trabajados dichos contenidos. Con la excusa de la ciencia y de la seriedad del conocimiento, hay no pocos ejemplos de exclusión, cuando no de discriminación, de los jóvenes, por la manera en que se los enfrenta a lenguajes inaccesibles, a verdaderos abismos para sus posibilidades de acercarse a conceptos y metodologías.

Para romper con esos sistemas de exclusión, planteamos la necesidad de tender

puentes de experiencia, de personalización, de contextualización, de interdisciplina, de apelación a la cultura juvenil, de interlocución, a fin de permitir el avance desde lo más cercano a lo más lejano en el terreno del conocimiento.

Denominamos a ese esfuerzo *tratamiento pedagógico de los contenidos*, con todo lo que ello significa para aprender sin sentirse humillado por la imposibilidad de acceder al limbo de la sabiduría.

Pero la educación es mucho más que un esfuerzo de ese tipo. Porque en ella se pone en juego de manera constante la realización de prácticas de aprendizaje. La mayor responsabilidad de un educador y de un sistema educativo consiste en lo que se le pide al estudiante que haga para que aprenda. Uno puede no pedir nada, que el aprendiz se las arregle como pueda, o pedir prácticas pueriles, sin sentido, con la consiguiente pérdida de tiempo y el despilfarro de energías por parte de las y los jóvenes. O bien asumir las consecuencias de las prácticas para la construcción de conocimientos y la construcción de la propia personalidad, y plantearlas de manera de avanzar en actividades ricas en creatividad, en imaginación y en capacidad de aventurar soluciones a problemas científicos y sociales.

La mediación en este ámbito significa el compromiso de claridad en lo pedido y la constante preocupación por el logro, a fin de dejar de lado la cultura de la postergación y de la humillación, basadas en la imposibilidad de avanzar en los estudios o en la pérdida de tiempo y de energías. Estamos en esta fase en el *tratamiento de las prácticas de aprendizaje*.

En este itinerario surgió además la preocupación por la forma de los materiales. Planteábamos la necesidad de respetar, desde ellos, al otro, a las y a los jóvenes. Y para ello se ponían en juego recursos de lenguaje, a fin de partir siempre de la belleza del discurso, y del diseño de los distintos productos puestos a disposición para el estudio. Llamamos a esta tarea *tratamiento pedagógico de la forma*.

Pero pronto, desde esa primera matriz conformada por los tres tratamientos, la mediación pedagógica se nos desbordó hacia las relaciones presenciales, hacia alternativas planteadas en la educación no formal, incluso con prácticas llevadas a cabo por sectores dedicados a la educación popular.

El nexo con esas experiencias fue la preocupación por la expresión por parte de las y los jóvenes en el desarrollo de sus aprendizajes. Nos detuvimos en lo que significa la inhibición de la expresión, el esfuerzo sostenido de coartar, desde el discurso identitario adultocéntrico, la comunicación fluida. Nos dolían los caminos de la inhibición discursiva, la humillación que termina por frenar los impulsos a la comunicación, la ausencia de prácticas discursivas.

Planteábamos que cuando se desentienden una institución o un educador del aprendizaje, se desentienden también de la construcción discursiva. En cambio, si pasa a constituirse la expresión en uno de los ejes de la labor pedagógica, se

cierra el círculo del aprendizaje precisamente cuando se puede expresar lo aprendido. Esto tiene una relación directa con aquello de ser culto en la cultura del otro y partir de ella para lograr la construcción discursiva.

Fuimos comprendiendo los alcances del placer en el ejercicio del discurso, de la emoción de construir un producto comunicacional, de la riqueza de las interacciones entre las y los jóvenes, en giros de lenguaje que a menudo ni sospechamos en el terreno de la educación tradicional.

Y fuimos descubriendo, en fin, que la capacidad discursiva tiene un peso enorme en la construcción de la propia personalidad, en la fluidez de las relaciones y en la capacidad de enfrentar y abrirse paso en el mundo de los adultos.

Algunas experiencias

Como indicamos, la mediación pedagógica nació como propuesta en Centroamérica, en ámbitos universitarios, concretamente en las universidades Rafael Landívar y San Carlos de Guatemala. Esto dio lugar a un primer libro escrito en colaboración con Francisco Gutiérrez, *La mediación pedagógica, apuntes para una educación a distancia alternativa*.

El paso siguiente fue una larga reflexión y un diálogo con experiencias en el terreno de la educación popular. Nos preguntábamos con mi querido amigo por lo pedagógico en experiencias vividas en el contexto latinoamericano. Planteábamos la necesidad de la madurez pedagógica para impulsar procesos siempre vigentes en nuestra región. Escribimos un segundo libro *Mediación pedagógica para la educación popular*, en 1992.

Y luego cada quien siguió su camino. Francisco ha producido valiosos textos en Costa Rica y en otros países centroamericanos, dedicados a derechos humanos, medio ambiente, construcción de ciudadanía, entre otros.

De mi parte, he seguido desarrollando esta línea en la capacitación de docentes universitarios, en trabajo con jóvenes de primer ingreso a la universidad, en proyectos dedicados a la prevención de la violencia familiar, en textos dirigidos a quienes actúan en radios educativas y culturales en el contexto latinoamericano, en proyectos de cultura en los cuales se involucran jóvenes de mi país, la Argentina.

Si hago esta mención, es porque quiero señalar que la experiencia centroamericana, vivida a partir de 1988, me marcó de por vida en la tarea de promover y acompañar el aprendizaje partiendo siempre de la cultura del interlocutor, del aprendiz.

Construirse para construir

Hemos padecido en nuestros países un estereotipo basado en aquello del apostolado de la educación y del educador, en el sentido de que la misión debe ser cumplida aún a costa de uno mismo.

Lo aprendido en todos estos años nos lleva a rechazar en bloque tales afirmaciones, porque de alguien que de a poco se va destruyendo, no nacen energías ni la creatividad suficiente como para apoyar a nadie en su camino hacia sí mismo.

El sentido del trabajo educativo pasa por la construcción de todos los seres humanos involucrados en él, y esto vale tanto para educadores como para estudiantes. No se trata de uno desarrollado sobre las espaldas y las cenizas de otro.

El ideal de la mediación pedagógica es esa construcción mutua, es el logro de todos, en la alegría del encuentro y del interaprendizaje.

Hemos descubierto y vivido también la hermosa experiencia de la mediación tomada como instrumento de trabajo del propio estudiante y de la mediación entre pares, es decir, la tarea de promover y acompañar el aprendizaje a cargo de las y los jóvenes entre sí. Es ése el mejor momento, el ideal de la mediación pedagógica y, siento, de todo acto educativo. No dejamos para nada fuera de juego la labor del educador, pero llega un momento en que ella no es necesaria, cuando las alas se abren y se sueltan en el vuelo.

Vale la pena traer aquí una cita de nuestro querido Simón Rodríguez, tomada de una carta dirigida al padre de un niño confiado a su labor de maestro:

“El niño saldrá de mi casa sabiendo lo que es razón o disparate, verdad o mentira, modestia o hipocresía... y leyendo con sentido, no a gritos, ni en tono de cigarrón. Lo demás él lo hará.”

Nada más lejos de esta expresión que aquello del “futuro de la patria”, de los intentos del discurso identitario adultocéntrico de marcar presentes y destinos de los jóvenes.

La mediación pedagógica consiste en la promoción y el acompañamiento del aprendizaje exactamente hasta cuando deja de ser necesaria, hasta cuando los puentes se construyen por la iniciativa del mismo aprendiz y por el apoyo entre pares, en la hermosa aventura de hacerse cargo de las propias fuerzas, de la energía y de la creatividad que cada ser lleva en su seno.

Así se avanza hacia el mañana, bajo esa maravillosa expresión de don Simón Rodríguez, que podríamos ampliar de esta manera:

“Las jóvenes y los jóvenes saldrán de nuestro espacio, la escuela y los proyectos educativos, con conocimientos y expresiones producto de interacciones y de un sostenido interaprendizaje. Lo demás, todo lo demás, ellas y ellos lo harán.”

Daniel Prieto Castillo
Quito, Ecuador, Mayo de 2002